

SAN SIMEÓN ESTILITA

DÍA 5 DE ENERO

Por P.Juan Croisset, S.J.

La vida de San Simeón Estilita está llena de hechos tan extraordinarios y tan maravillosos, que debe mirarse como una especie de prodigio para la admiración, antes que como ejemplar ó modelo para la imitación. Quiso el Señor manifestar en ella lo que es capaz de hacer un alma generosa cuando la anima su espíritu y la da aliento su gracia, y al mismo tiempo quiso confundir nuestra delicadeza, poniéndonos á la vista una penitencia tan excesiva y autorizada con milagros, condenando también nuestro amor propio y la cobarde delicadeza con que nos tratamos.

San Simeón, llamado *Estilita* por la columna en que pasó la mayor parte de su vida, nació en la villa de Sisan, en los confines de la Cilicia y la Siria, hacia el año 392. Su padre fue pastor, y Simeón pasó los primeros años de su edad apacentando ganado.

Hallándose un día en la iglesia, cuando tenía sólo trece años, oyó leer aquellas palabras del Evangelio: ***Bienaventurados los que lloran.*** Preguntó á un buen viejo el significado que tenían; instruyóle éste de la felicidad que lograban los que se entregaban á una vida retirada y penitente, teniendo sin cesar delante de los ojos á Jesucristo crucificado, y el niño Simeón se sintió luego tan movido y tan ansioso de seguir aquel divino modelo, que al instante mismo se fue á esconder en el desierto más cercano, donde pasó siete días enteros sin comer ni beber, llorando y orando de día y de noche postrado

sobre la tierra. Después de este primer ensayo fue á echarse á los pies del gran siervo de Dios llamado Heliodoro, abad de un monasterio vecino, que, persuadido de su resolución y de sus lágrimas, le recibió entre los monjes.

Apenas se vio Simeón en la compañía de aquellos fervorosos religiosos , cuando á todos los excedió en ayunos, en vigilias y en todo género de austeridades, repartiendo entre los pobres el poco pan y las legumbres que le daban á él, y pasando muchas veces de un domingo á otro sin comer bocado.

Ingenioso ya en macerar su delicado cuerpo, se apretó tan estrechamente á la cintura una cuerda de palma, que, introduciéndosele en la carne, al cabo de diez días, el mal olor que despedía la llaga podrida descubrió aquel nuevo género de penitencia, con espanto y con horror de cuantos fueron testigos de ella. No se le pudo cortar la cuerda sin grandes y terribles dolores, y la llaga tardó en curarse dos meses, con tanto asombro de los monjes, que pidieron al abad despidiese aquel mancebo, cuyos ejemplos los confundían, sin hallarse con fuerzas para imitarlos. Retiróse Simeón á otro desierto que no estaba distante, y, encontrando en él un pozo seco, le escogió por celda. La noche siguiente vio el abad en sueños á muchos hombres vestidos de blanco que cercaban al monasterio y pedían con amenazas al Santo Simeón, á quien tan indignamente había echado del convento. Luego que despertó Heliodoro, envió los monjes á buscarle por todos los desiertos vecinos, mandándoles que le trajesen al siervo de Dios, y les costó mucho trabajo reducirle á que dejase su querido pozo, temiendo siempre que no le habían de permitir hacer una vida tan austera y tan penitente como deseaba.

Tres años estuvo Simeón en el monasterio; pero, no

pudiendo sufrir la distinción y el respeto con que le trataban, obtuvo al fin licencia para retirarse á otra soledad más escondida. Aquí estuvo otros tres años como sepultado en una cueva arruinada cerca de Telanisa, expuesto á todos los rigores de los temporales.

Aquí fue donde, deseoso de imitar más perfectamente el ayuno del Salvador del mundo, pasó una Cuaresma entera sin probar bocado. Vino á verle un sacerdote el día de Pascua, y, hallándole casi al expirar, le dio la Sagrada Comunión, con cuyo divino alimento recobró luego todas sus fuerzas. Lleno entonces de confianza en aquel Señor, que había hecho esta maravilla, resolvió pasar en adelante todas las Cuaresmas con la misma prodigiosa abstinencia, y Teodoro asegura que ya había pasado veintiocho de esta manera cuando él lo estaba escribiendo.

Siendo tan asombrosas estas austeridades, todavía le parecían á Simeón muy ligeras, siempre que ponía los ojos en Jesucristo crucificado. Retiróse á la cumbre de una elevada montaña, hizo un breve círculo, que cercó de cal y canto, donde estuvo mucho tiempo sin techo y sin abrigo, expuesto á todas las inclemencias, y, para quitarse la libertad de traspasar aquellos estrechos límites, se echó al pie una cadena de hierro de treinta pies de larga. Desaprobó esta singularidad aquel insigne hombre Melecio, y, habiendo venido á visitar á Simeón, le dio á entender que debía aprisionarle en la soledad la suave cadena del amor de Jesucristo, y no la dura de hierro. No fue menester más para que al instante se la mandase limar, porque la verdadera virtud nunca está satisfecha del propio juicio.

En vano procuraba sepultarse vivo en las más ásperas rocas; en vano solicitaba huir á los montes más encumbrados por vivir desconocido. Esparcióse su fama

por todo el universo mundo, y se vio presto cercado de innumerable multitud de todo género de gentes, atraídas del olor de su virtud y del eco de sus milagros. El deseo de huir de esta muchedumbre, que interrumpía su oración, fue el principal motivo que tuvo para la extraña resolución de ponerse sobre la columna.

La primera, sobre la cual pasó algunos años, sólo tenía cuatro pies de alto. Pero como todavía le interrumpiese el ruido de los que concurrían á verle, levantó otra de diez y ocho pies, y sobre ella se mantuvo diez ó doce años. Aun aquí no estaba tan recogido como quería, y erigió la tercera columna, de treinta y dos pies de alto, sobre la cual se conservó cerca de catorce años. Pero, queriendo huir más y más de la tierra hasta perderla de vista, hizo levantar otra de sesenta y dos pies de altura, en la que se conservó todo lo restante de su vida. La extremidad ó plano superior de estas columnas no tenía más que cuatro pies de diámetro, bordeado de una especie de apoyo ó parapeto que llegaba á la cintura. No tenía espacio para echarse, ni podía estar en postura que no fuese muy incómoda, ó de rodillas, ó en pie, ó recostado sobre el borde. ¿Qué dirán ahora de su delicadeza aquellas gentes que pasan los días de la vida en la sensualidad y en el regalo?

Pareció tan extraordinario á todo el mundo este género de vida, que se movieron contra el Santo muchas persecuciones. No puede haber virtud sobresaliente sin que pase por grandes pruebas. Unos oían con desprecio aquella austeridad singular; otros la miraban con indignación, tratando al Santo de insigne embustero; muchos le censuraban de vano y soberbio. Hasta los solitarios de Egipto se dejaron preocupar contra él, y teniéndole por hombre que pretendía hacerse estimar y dejar fama de sí por aquella singularidad, estuvieron casi resueltos á tratarle como excomulgado.

Pero, antes de llegar á este extremo, les pareció conveniente hacer una buena prueba. Despacharon á un solitario para que le intimase, de orden de los superiores, que al punto se bajase de la columna y viniese adonde estaban los demás. Previnieron al que llevaba esta orden que si, en oyéndole Simeón, hacía resistencia, era señal de que no le gobernaba el espíritu de Dios, y que entonces le hiciese bajar, aunque fuese con violencia; pero que, al contrario, si obedecía sin réplica, no podían dudar que su vocación era de buen espíritu, y que en tal caso se le dejase vivir en paz. Apenas el solitario significó al Santo la orden de los superiores, cuando al momento, sin replicar y sin dar la más leve muestra ó señal de repugnancia, iba á bajar de la columna. Esta pronta obediencia colmó enteramente las dudas, y quedaron todos convencidos de su eminente virtud. Consoláronse y admiráronse los superiores y le dejaron proseguir libremente sobre la columna.

Desde ella, como desde un altar, se sacrificaba á Dios con oraciones, con genuflexiones y con penitencias sin número. Desde ella predicaba eficazmente, dos ó tres veces al día, al innumerable gentío que concurría de todas partes á oírle y se juntaba alrededor de la columna. Sus sermones eran siempre de la penitencia y del desprecio del mundo, seguidos todos de asombrosas conversiones. Antonio, discípulo de Simeón, refiere que un insigne pecador llamado Antioco murió de contrición al pie de la columna. Los sarracenos, los persas , los etíopes y otras muchas naciones idólatras venían en turbas á pedir el bautismo, después de haber visto ó de haber oído al Santo.

Veranio, rey de Persia, y la reina, su mujer, dieron público testimonio de lo mucho que le veneraban. Los príncipes árabes le respetaron , y los emperadores cristianos acudían á él en las necesidades públicas del

Estado y de la Iglesia. Todos estos honores no alteraron su humildad; es verdad que el Señor tuvo cuidado de mantenerle en ella por medio de fuertes pruebas, permitiendo que fuese casi continuamente ejercitado con violentas tentaciones, para conservarle siempre más humilde y más vigilante sobre sí mismo, y en cierta ocasión permitió el mismo Señor que estuviese casi á pique de caer en el lazo que le armó el demonio.

Transformóse en ángel de luz este enemigo de la salvación de los hombres, y quiso persuadir á nuestro Santo que ya no gustaba Dios de aquel género de vida, y que quería le sirviese en otra parte. Pero, haciendo la señal de la cruz, desapareció el fantasma, y el Santo descubrió entonces el lazo; mas, pareciéndole que se había dejado llevar algún tanto de la ilusión, para hacer penitencia de su demasiada credulidad, se condenó á tener un pie levantado toda la vida. Esta postura tan penosa, sobreviniendo después el frío del invierno, le abrió una grande úlcera en la pierna, que le causaba intensísimos dolores; pero tenía gran cuidado de recoger los gusanos que se caían, y volver á ponerlos en la llaga.

Asegura Teodoreto que casi era su único alimento la divina Eucaristía, que recibía cada ocho días, pasando las Cuaresmas enteras sin tomar otro bocado, y casi todo el año sin comer ni beber.

En medio de una vida tan extraordinariamente dura, que se podía llamar un martirio continuado ó un milagro de penitencia, se admiraba siempre aquella afabilidad, aquella igualdad de humor, aquella dulzura inalterable que hacen el carácter de la verdadera virtud, y que no contribuyeron poco á la conversión de tantos pueblos.

Jamás permitió que mujer alguna entrase dentro de la clausura de su ermita, esto es, en el recinto del muro

que cercaba su columna ; y costó la vida á una dama que, por curiosidad ó por imprudente devoción, quiso violar esta ley. Disfrazóse de hombre; pero apenas puso el pie dentro de la puerta cuando expiró.

Finalmente, sintió que se iba acercando su fin este gran Santo, célebre por tantos milagros, dotado del don de profecía, colmado de merecimientos y consumado por un martirio tan largo de penitencia, y, redoblando entonces su fervor, se inclinó para hacer oración, según su costumbre, en cuya postura entregó su alma al Criador próximamente el año 462, teniendo sesenta y nueve de edad y habiendo pasado cuarenta y siete sobre diferentes columnas.

Su discípulo Antonio estuvo tres días sin conocer que había muerto, creyendo siempre que estaba en oración. Luego que se esparció esta noticia, el patriarca de Antioquía, acompañado de seis obispos, de los oficiales del emperador y un infinito concurso de todo género de gentes, acudió al lugar donde había muerto el Santo. Los Obispos bajaron el santo cuerpo y le colocaron al pie del altar, que estaba enfrente de la columna, y en el cual se le decía Misa cuando vivo. Fue menester que seis mil hombres de las tropas del emperador fuesen escoltando este precioso tesoro, que se llevó á Antioquía como en pompa y como en triunfo. En el camino hizo una multitud de milagros. Quiso el emperador León que sus reliquias fueran conducidas á Constantinopla; pero al cabo desistió de su empeño, rindiéndose á las instantes súplicas de los vecinos de Antioquía. Edificóse luego en aquella patriarcal una magnífica iglesia en honor al Santo, donde fueron continuando los milagros y creciendo la devoción de los pueblos.